

numerosos motivos para desconfiar en los predicadores que se complacen en empujar a los demás a realizar ideas, que traicionan con su cinismo ávido de poder, plantea la urgencia de responder a la farsa. Y de nuevo apreciamos cómo acepta el desafío de la confusión: es preciso acentuar el aspecto metafísico de la cultura en busca de valores que sirvan para reivindicar la libertad y la justicia en una sociedad humana, a la vez que resulta obligado acabar con el sentido unidimensional del universo que cubre los horizontes de la ilusión.

En los deseos de Sábato se repiten los de Kafka, cuando predijo sin saberlo el advenimiento de una era que desgarraría por laberínticos procedimientos de burocracia, castigo y asesinato, los fundamentos del equilibrio—que en el escritor checo no aludían tanto a la religión como a la justicia—en la sociedad; los de Musil, que compila desde la razón los indicios que permiten presumir la discriminación política y el exterminio, y su justificación propagandística tras diversas formas de eufemismo; los de Camus, cuando reflejó en sus novelas el germen de la descomposición de las sociedades, a través de una metáfora en la que podemos observar la incapacidad del sujeto para ir más allá de lo que le pertenece... Son deseos que tratan de evitar lo que la conciencia presiente y teme en lo más profundo, y que vuelcan en la vida el esfuerzo inconsciente de quien cree que se trata de un engaño, que no es posible que el hombre pierda la noción de la existencia, y acabe de perderse en su espantosa ignorancia.

La auténtica esperanza, si existe, se cifra en la libertad. A ella dedica Sábato su obra. Por eso la metafísica no ha de entenderse como un ejercicio de abstracción teórica en sus libros. Lo que el escritor denomina «el acento metafísico» para dar a entender la orientación de sus posiciones es precisamente lo contrario: una revitalización cultural de las motivaciones éticas que operan en su sensibilidad, en oposición a la vanidad que reduce la literatura a estética, redundancia o servilismo ideológico. Sólo podemos tener una certeza real ante el error, afirmó Louis Aragon. Y contra él impulsa Sábato sus vacilaciones, inquietudes, impresiones y juicios, fantasías o sueños, o acaso experiencias. Como en Dostoievski, la verdad nos obliga a recorrer lo soterrado de nosotros mismos, lo subterráneo..., y así también lo fantasma]. De aquí que la obra de Sábato sea un agitado viaje.

El concepto *concreto* de la metafísica es el punto donde el escritor distingue las divergencias más combativas entre el marxismo, como «ámbito» cultural de nuestra época, según la opinión de Sartre, y la doctrina que, sometida a las razones de Estado, desembocara

en los procesos de Moscú. Sábato insiste en el camino abierto por Merleau-Ponty al liberar la metafísica del aparato categórico de limitaciones establecido por Kant, para que los valores no se encuentren lejos de la realidad y favorezcan —tal como intuyeran los existencialistas— la conciliación de lo concreto en el hombre. Es preciso el «diálogo» —que Sábato asocia con Ernst Fischer— entre las distintas interpretaciones del pensamiento contemporáneo.

Hay, por tanto, una búsqueda de relación entre la pluralidad de lo existente y la pluralidad de concepciones consiguiente. Sábato subraya la discusión teórica que refleja la esclavitud moral del intelectual puesto al servicio de una causa que no sea la de su propio pensamiento. Pero esto se ha manifestado sobre todo en actitudes prácticas y en las andanadas de insultos que han sido dirigidas contra los disidentes: Kosik, Korch, el propio Fischer, Djilas o Gramsci... Y mientras de un lado se aprecia el intento represivo de mantener las limitaciones para el desenvolvimiento del análisis o la crítica, la reflexión evoluciona y descubre. No es posible resumir en un motivo la explicación del mundo; el temor a sí propio del individuo no puede combatir contra su intuición. Por eso ha de tender a una totalidad que le identifica. Sábato opta por relacionarse con sus fantasmas, que son esas invitaciones que se sobrentienden en una indagación de la verdad, del error, de lo secreto en fin.

Octavio Paz ha dicho que la muerte nos ha condenado a la cultura. Sin embargo, primero fue el temor. En nuestro tiempo, el temor se ha generalizado de tal modo que es imprescindible superarlo identificándolo. La mistificación amenaza de muerte a la cultura, al sentimiento, al instinto. El panorama parece no admitir otras explicaciones que las vinculadas al clasicismo o a la nostalgia. La obra de Ernesto Sábato ha suscitado largas y aún no concluidas controversias que demuestran lo contrario de ese anticipado fin del mundo. No se han restablecido las relaciones entre el individuo y el universo, pero todo ello depende de seguir las cada día mayores posibilidades de que este apocalipsis no se produzca.

El culto literario a la pasión, la honestidad crítica de Sábato, nos recuerda que él no ha olvidado sus primeros proyectos. Y las dificultades siguen siendo dobles al permanecer en el seno del interrogante que le incitó a enfrentarse con el pasado: Argentina. Y hemos de reconocer, con Malraux, que si en una visión universal, Occidente ha perdido la noción del poder, esto es particularmente grave al estudiar la relación paralela del individuo inmerso en una civilización exhausta, consumida, desorientada: el ser humano ha perdido el sentido de sus capacidades, en el momento en que éstas despertaban.

El temor de Sócrates a su inconsciente explica la divinización de la razón, como argumentó Sábato, resumiendo la génesis que analizase Erich Fromm al encadenar comportamientos colectivos a lo largo de la historia, movidos en realidad por el temor a la libertad. El temor, lejos de contenerse gracias a los avances de todo tipo que nos ha deparado el tiempo, se ha expandido. Del temor primero hemos pasado a un temor congénito, menos puro, pero aun así abstracto: el horror a lo indefinido y, por ende, a lo total.

En el misterio o en la metáfora de ese misterio contemplamos a Sábato descendiendo al subsuelo, agrupando en su marcha el ideal surrealista, donde se funden la razón, el sueño, la fantasía, el instinto, la imaginación..., sin posibilidad de separarlos. Este podría ser el ideal del ser humano: no tanto un ser nuevo, sino distinto. Un ser humano que, como Sábato, nos ha enseñado desde la comprensión reflexiva que brota de la tristeza, todavía puede producirse asombro.

Por Wilhen Reich sabemos que existe una reacción mecánica a minimizar las enseñanzas que unos hombres entregan a los demás, atendiendo solamente los errores que conviven con la grandeza infinita de los actos humanos. No sólo se repudia el conocimiento, sino la salvación, que se refugia en la divinidad de la perfección inaccesible. Sábato nos ha hablado de la contradicción y del desgarramiento profundo y múltiple en el interior del ser. En nuestro tiempo hemos de hablar de miedo a la verdad, parejo al rechazo trémulo de la libertad. Y la verdad de cada ser humano no depende en exclusiva de nuestra condición, sino del impulso que nos permite ser lo que nuestra voluntad pretende, superarnos..., entre la realidad y la ficción. Con esa intención escribir. Con toda nuestra indefensión, rescatando la existencia del secuestro que han llevado a cabo el miedo, la divinización de lo abstracto o la imposición científica. Con la tristeza que inspira tan monstruosas mentiras. Aunque estas evidencias que nos inquietan al pensar constituyan también un profundo misterio.

FRANCISCO J. SATUE

Pañería, 38
MADRID-17